



DESPEDIDA A UN SACERDOTE BUENO

Los que asistimos el día 26 de mayo a la liturgia funeraria por el alma del sacerdote, coadjutor de la parroquia de la Asunción, don José María Aramberry Araquistain, vivimos esa mezcla de tristeza serena y de alegría exigente que las nuevas formas rituales conciliares exigen de los creyentes en los funerales.

En ellos, se proclama con más energía y fuerza el triunfo del cristiano sobre la muerte y la miseria humana, no prodigándose demasiado el sentimiento de dolor en la despedida al último caído en el combate. Nos despedíamos no sólo de un compañero de camino, sino, al mismo tiempo de un sacerdote, de un líder en la fe que, al tiempo que camina, alienta y sostiene el caminar de los demás. La liturgia exigente nos hacía cantar: *El Señor es mi Pastor, nada me puede faltar...* pero, al constatarlo por la fe, sentíamos la añoranza del pastor con minúscula, del amigo, del consejero, del dialogante de tanta gente de toda condición y estilo social, que terminaba su carrera tras cuarenta años de servicio a la Iglesia.

Don José, nacido en el caserío *Isasi*, junto al santuario de la Virgen de Icíar, exhibió casi con fanático pundonor

su procedencia y origen *baserritarra*. El paso de los años de niñez por el Seminario de Saturrarán dejó en él un sello de aficiones humanistas latinas. Uno de sus secretos placeres era rumiar el mundo poético pleno de bucolismo de Virgilio. De su formación eclesiástica en el Seminario de Vitoria, le quedaron la solidez y seguridad teológicas, sobre todo en el campo de la moral. Apasionado lector y curioso espectador de los cambios del pensamiento y de la vida moderna estaba dotado de una cultura religiosa muy cualificada.

Lo mejor de su sacerdocio lo ha dejado en Rentería en sus largos 27 años y ocho meses (1946-1974) de permanencia, tras un paso más bien breve por Araya (Alava) y Ezquioga (Santa Lucía). Entre nosotros, sus actividades tuvieron el itinerario normal de todo sacerdote que administra la Palabra de Dios en el púlpito, el perdón en el confesionario, el mensaje de Jesús a los niños en la escuela, el consejo y el aliento a quien se lo pida en cualquier esquina de la calle.

Su actividad primera se centró en Zamalbide en un medio rural que tan bien conocía y sentía; pero pronto hubo de

ponerse al frente de la obra que por ser la que más esfuerzo de adaptación exigió de su persona, era a la que más vinculado y encariñado se sentía y la que, sin duda, configuró su estilo sacerdotal: la H. O. A. C. Cuando los movimientos especializados de Acción Católica plantearon como objetivo urgente la presencia activa de la Iglesia a través de su magisterio social en el campo del trabajo, en el mundo obrero y profesional a través de cristianos responsables y conscientes, dispuestos a mantener en la lucha social su doble e irrenunciable condición de cristianos y militantes obreros, las cualidades de educador de personas y de animador de grupos de don José, encontraron oportuno campo para tal misión.

A partir de allí y como fruto de iniciativas sociales estuvo presente en el lanzamiento de obras hoy consolidadas: la Cooperativa San Andrés, hoy Eroski; el grupo de viviendas Pío XII, de carácter cooperativo. Sin embargo, conviene observar que nunca se sintió llamado a participar directamente en la complejidad de los aspectos materiales y organizativos de tales instituciones.

Su secreto, si de secreto cabe hablar en un hombre público como es el sacerdote, era el diálogo con las personas; no era orador, la muchedumbre más le intimidaba que le enardecía, su fuerza radicaba en la conversación individual; espontáneamente sincero, atento narrador de la condición humana, protagonista lúcido de sus propias turbaciones y dudas, toda su conversación tenía un aire de verdad y autenticidad que lo convirtieron en consejero muy solicitado. El sacerdote a fuerza de hablar de Dios y en la medida en que lo hace con corrección y lucidez revuelve las profundidades del hombre y se ve obligado a ser experto en humanidad.

Su paciente capacidad de escucha, su disponibilidad para compartir en el silencio los dolores de los demás, su sencillez hasta el punto de ser consciente de poder ser manipulado y utilizado por los demás, explica quizá el secreto de la estima de este sacerdote. Todo este cuadro, sin embargo, quedaría falseado si olvidáramos su alegre optimismo que amalgamaba a la vez una socarronería muy casera con una paz interior, fruto sin duda de su inquebrantable fe.

Apasionado amante de la cultura vasca estuvo así mismo presente en las iniciativas primeras que llevaron a la erección de la ikastola *Orereta*, de Rentería. También en este campo los atavismos originarios de Icíar se complementan perfectamente con los problemas de cultura; de lo vasco, le interesa todo: el bersolarismo, las cuestiones lingüísticas, los juegos populares—¡qué *apostulari* perdieron las actuales plazas de Azpeitia y Tolosa!—y, sobre todo, el futuro de nuestra lengua.

Vivió con pasión al actual momento crítico de la Iglesia. Los que estábamos cerca de él observábamos su nerviosismo ante algunos aspectos de la crisis religiosa actual. Las deserciones sacerdotales lo dejaban físicamente maltrecho; el desprecio liquidador de ciertas herencias religiosas, por él tan cuidadosamente cultivadas y conservadas, lo descorazonaban.

Ahora que desde la otra orilla habrá divisado y comprendido lo que aquí vivió en la oscuridad de la fe, obtenga para nosotros el canje imposible de prestarnos lo mejor de lo que aquí nos enseñó con lo mejor que allá, en el misterio de la posesión de Dios habrá descubierto definitivamente.